

LA INSTRUCCIÓN Y OTROS CUENTOS DE IGNACIO SOLARES

RENATO PRADA OROPEZA
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

La instrucción y otros cuentos de Ignacio Solares. México, Ed. Alfaguara. 2007.

Aunque la fecha de su edición corresponde al año pasado, recién este año se hizo notoria la distribución del nuevo libro de narrativa del prolífico escritor mexicano Ignacio Solares. Este volumen es una recopilación de veintitrés relatos.

Como ya es un rasgo característico de la producción creativa de Solares, en esta nueva colección nos presenta algunos cuentos ya aparecidos en textos anteriores, con modificaciones más o menos importantes; además, seguramente porque tienen un significado muy personal para el autor, dos de ellos los fue publicando tanto en el primer libro de cuentos, *El hombre habitado*, como en la novela *Casas de encantamiento*, en este caso como fragmentos del discurso total; estos son: “La mesita del fondo” y “La ciudad perdida”, que en su primera versión lleva por título “La ciudad”.

Ocho cuentos son retomados del segundo libro, *Muérete y sabrás*, y once, si no nos equivocamos, son publicados por primera vez.

Antes de referirnos a algunos de ellos, queremos también hacer notar que *La instrucción...* intercala de manera más sistemática

que en *Muérete y sabrás* algunos mini relatos o relatos breves; de los cuales, a nuestro juicio, “La luz”, que inicia el libro, “Rostros familiares” (publicado anteriormente) y “El desempleado” son los más eficaces, pues con una economía que emplea el mínimo, de elementos narrativos (que se reduce a una escena) logran un efecto sorpresivo y contundente. Veamos el que citamos primero: “El peor enemigo de los fantasmas es la luz eléctrica. Quizás por eso su inventor, Thomas Alva Edison, se volvió espiritista al final de su vida. Y predijo: / —Regresaré después de muerto a mi laboratorio y seguiré trabajando en él. / El problema es que nadie lo ve porque su laboratorio—que trabaja veinticuatro horas al día— la luz siempre está encendida” (: 9).

El cuento que ofrece su título al libro, “La instrucción”, es uno de los más inquietantes pues nos recuerdan las “parábolas” kafkianas y que exhibe uno de nuestros rasgos constitutivos de nuestra humanidad: ante el impenetrable sentido del “instructivo” que se le dio al capitán para que orientara su primer (¿definitivo?) viaje, al borde ya de la renuncia para descifrarlo, se le abre aquella *epifanía* joyceana que le concede la oportunidad de otorgarle un sentido y razón de ser: “Pero le basta levantar la cabeza y mirar los racimos resplandecientes en el cielo para que regrese el fervor. Entorna los labios y osa pronunciar otra palabra del instructivo, luego otra y otra más, sosteniéndolas con un aliento que le revienta los pulmones. ¿Qué otra cosa somos sino verbo encamado?, piensa; De tanta fragmentaria proeza sobreviven fulgores instantáneos. La fragorosa batalla del *sí* y del *no* parece amainar, escampa el griterío que le punza en las sienes. Sus dedos se hunden en el hierro de la borda” (: 18). Y es que el hombre tiene que abrirse y someterse al mismo tiempo a un estado de gracia para cumplir el oscuro “instructivo” de nuestro hacer en esta vida, darle su sentido.

Al final del cuento, uno de los más logrados del libro, “Los ojos sin destino de un cadáver”, también asoma esa *epifanía*, en

relación a la muerte de un amigo del narrador: “Aquel hombre de la carretera formó para mí, ya sin remedio, parte consustancias de la muerte del Buda [apodo del difunto]. Todavía hoy, después de tantos años, si recuerdo la muerte de mi amigo, recuerdo al hombre de la carretera. Su sorpresa helada, sus ojos pasmados y fantasmagóricos que lo adivinaron todo. Como si sólo los dos, él y yo, hubiéramos sabido de la tristeza tan profunda que embargo al Buda durante sus últimos años de vida” (: 53).

Entre los nuevos relatos resaltan “La cruz de plata” y “El paramédico” por una narración de la diégesis (historia), brindada por una prosa nítida y movida por un ritmo tan propio e inconfundible de Solares. En el primero, un pobre muchacho de un pueblo de pescadores encuentra casualmente una “hermosa cruz de plata, del tamaño de un puñal, con un Cristo en relieve tallado al mínimo detalle” (: 78). El objeto, de indudable valor histórico y artístico, despierta la codicia del cura del pueblo. Para conservar su “tesoro”, el muchacho decide, como último recurso, internarse en el mar “todo lo que más pudiera hacia el horizonte” (: 84). La ironía profunda de este sacrificio para conservar el único objeto de valor que le concedió el destino, se refuerza con el símbolo del sol naciente que al inicio del discurso le ofrece la plenitud del mundo y de la vida: “Se sentía tan feliz, tan envuelto, tan saturado de esa luz primeriza, que a veces, al estar de nuevo en tierra firme tenía el vacilante andar de un joven medio ebrio” (: 77), y cierra el relato remitiendo de nuevo a esta presencia plena en medio de su angustia: “¿Hasta dónde podía llegar? Total no tardaría demasiado tiempo en salir el sol con sus descomunales intentos de renacer, y con él el mundo entero” (: 84). En “El paramédico”, un viejo socorrista, Ronaldo, después de haber “servido durante cuarenta y dos años en las ambulancias de la Cruz Roja” (: 92), es obligado a jubilarse. Como el anciano habla hecho de esta tarea la misión de su vida, siente que ésta ya carece de su razón de ser fundamental, pues había elegido el papel de

simple paramédico gozando incluso del título de médico. Como un recurso desesperado urde, con la ayuda de la telefonista, el plan de acudir en ayuda de los accidentados antes de que llegue la ambulancia de la Cruz Roja. Se descubre la trama y Ronaldo tiene que resignarse a trasladarse a Morelia, para vivir con un hijo suyo; pero, el relato no concluye ahí, pues, “Apenas unos días después volvieron a mencionarse, aún con más frecuencia y con más disparatas fantasías alrededor, los casos de un anciano fantasmagórico, de pelo cano y ralo, con una vieja bata blanca, que atendía a los accidentados antes de que llegaran las ambulancias de la Cruz Roja” (: 101). Sabiamente el narrador no desentraña la ambigüedad, pues el final se abre a una interpretación fantástica.